

nios; bendita en su profunda humildad, bendita en su caridad eminente, bendita en su obediencia, bendita en su castidad. Sube bendita en su recogimiento, bendita en su accion, bendita en su contemplacion; bendita en su principio, en sus progresos, y en su fin (1).»

En el cielo, amados mios en Jesucristo, sucede algo; á no dudarlo tiene lugar algun acontecimiento que pone en deliciosa y festiva agitacion á los moradores de la Sion bendita, en visible contraste con el melancólico silencio de que está cubierta la militante Jerusalem. Nuestra imaginacion, en alas de una piadosa fantasía, se remonta á la gloria, y la parece ver que aquel reino bienaventurado se encuentra ahora, si es permitido decirlo así, más glorioso que nunca. El sόlio de la Divinidad como que resplandece más, si cabe más en donde todo es infinito: en el consistorio de la Trinidad augusta alguna cosa se prepara ó se decreta, que ni es la formacion de un nuevo Adán, ni la concepcion de otra mujer que vaya á llamarse Salvadora del mundo. Principiase á sentir una melodía que, á medida que crece, enajena el corazon: las falanges angélicas se organizan y se distribuyen en gran parada, y las apiñadas legiones de santas almas, del uno y del otro Testamento, recogen todo lo bueno de que gozan, segun la escala de sus méritos, para ofrecérselo á una huésped dichosísima que vá á honrar con su presencia los alcázares de la inmortalidad. Y una voz que de todas partes sale y á todas partes llega, decreta que los príncipes abran las puertas eternas, porque vá á entrar el Rey de la gloria. *Attollite portas, principes vestras.*

Sí, cristianos: el Rey de la gloria va á entrar en ella por segunda vez: la primera entró para recibir la corona de sus victorias; y ahora entrará para que la diadema de todos los triunfos ciña las sienes de una criatura que es la Madre del amor, la fuente de la esperanza, la Reina de la misericordia y el abismo de la gracia; es la que ha encontrado siempre gracia en la presencia de Dios. Y efectivamente: llegó la hora, y Maria Santísima penetra en los cielos, sirviéndola de escudero, dice graciosamente San Bernardo, el mismo Jesucristo, y no sólo acompañándola, sino llevándola de la mano, añade San Agustin. Decidme vosotros, moradores de la tierra; decidme vosotros si entre lo hermoso que

(1) D. Juan Gonzalez.

tiene el desdichado suelo en que vivimos, puede hallarse una escena más elegante ni un cuadro más sorprendente que el que ofrece una criatura humana, llevada de la mano por el Supremo Hacedor de todas las cosas. Me atreveré á decir que en este momento el amor y la caridad, que son la vida de los cielos, han tomado proporciones incomprensibles; y que Maria Santísima penetra en ellos para ser universalmente coronada, para ser coronada por la *naturaleza humana*, por la *naturaleza angélica*, y por la *Esencia divina*.

Corónala la naturaleza humana; ni podia conducirse de otro modo con la que desde *ab æterno* era su soberana y su Reina; con la que habia contribuido á la restauracion de esta misma naturaleza; por eso en la tierra la coronan las flores con sus aromas, las plantas con sus flores, los árboles con sus frutos, las aguas con su sonrisa, las piedras preciosas con su valor, las aves con sus armonias, y los céfros con el imperceptible saludo de su enamorado beso. Por eso en el firmamento el sol que la sirve de manto la corona con sus hermosísimos resplandores; la luna que humilde besa sus plantas con su apacible y misteriosa tranquilidad, y los luceros que adornan su cabeza con sus cambiantes dulcísimos é inimitables.

Corónala en los cielos tambien la naturaleza humana, porque con Jesucristo, nacido de Maria, entraron en el día de la Ascension á ser perpétuamente refrigeradas las almas que habian esperado su santo advenimiento. Porque por Maria Santísima, continuadora en el mundo de la obra de Jesucristo, entraron en la gloria aquellas almas que esperaron y conocieron y marcharon sobre las huellas de su Libertador. Así que, no nos sorprenda que en los cielos se encuentren mezcladas las voces de los hombres con las melodias de los ángeles: no nos admire que los Patriarcas y Profetas la coronen de oliva, en significacion de su *fe* y de su *longanimidad*: ni que las vírgenes la coronen de blancos lirios, en recompensa de su *pureza*; los Apóstoles, de laureles inmarcchitables, en premio de su *magisterio*; los mártires con sus palmas, por su incontrastable *fortaleza*, y los confesores con sus aureolas, por la *santidad* de su vida. Y permitámosles besar las plantas de la Señora, aclamándola como el espejo de las vírgenes, como la aureola de los mártires, como la gloria de los confesores, y como la honra de los Apóstoles, de los Patriarcas y los Profetas.

Maria Santísima es coronada por la naturaleza angélica: ni tiene nada de particular; la Iglesia nos dice que Maria ha sido exaltada sobre los coros de los ángeles. Así que, los ángeles la

coronan, porque está *llena de gracia* para comunicársela á los hombres; los arcángeles, porque *sostiene á los débiles* contra los que declaran la guerra á Dios: los principados la coronan, porque es *la Madre de los pueblos*; las potestades, porque *nos defiende* contra las tentaciones del demonio: las virtudes, porque en la Señora y por medio de la Señora *ostentó Dios la grandeza de su poder*. Las dominaciones la coronan por *los bienes espirituales y temporales* que concede á los hombres; los tronos, porque recibió en su vientre al Hijo de Dios; los querubines, por su profundísima ciencia en las cosas divinas; y los serafines, por su ardentísima caridad.

Así corona, cristianos, á Maria Santísima la naturaleza angélica: no vayais á creer, ni á sospechar siquiera, que este admirable bosquejo de la segunda coronacion le he inventado yo; pertenece su hermosura al amante predicador de la Virgen que ántes cité (1); á mí únicamente me ha cabido la dicha de repetir sus palabras, y gracias á la Virgen, que al cabo yo no merecia tanto.

La Virgen Santísima; por último, pasa á ser coronada de la Esencia divina, y aquí el orador enmudece, y al escritor se le cae la pluma de la mano. Ayúdenme los espíritus angélicos y los bienaventurados, porque yo no sé qué decir: ¡miseria y pequeñez del hombre, querer decir tanto de la Virgen y no tener capacidad suficiente para expresarlo! Corona á Maria Santísima Dios uno en esencia y trino en las Personas; la corona la unidad de la Esencia divina por la gloria que la haya resultado de las operaciones *ad intra* de la misma Divinidad: corónala la Trinidad en Personas por las obras *ad extra* que la misma Divinidad ha obrado teniendo por instrumento á Maria Santísima.

Corónala el Padre con la plenitud de su poder, el Hijo con la plenitud de su sabiduría, y el Espíritu Santo con las plenitudes de su amor. Corónala el Padre con el don de la contemplacion, el Hijo con el don de la mortificacion, y el Espíritu Santo con todos los dones y con todos los frutos que de él emanan. Corónala el Padre con la gloria de su inmaculada Concepcion, corónala el Hijo con la gloria de la Encarnacion, y corónala el Espíritu Santo con la gloria de todos los misterios. Corona el Padre á su Hija con la abundancia de todos los privilegios, corona el Hijo á su Madre con los tesoros de todas las excelencias, y corona el Espíritu Santo á su Esposa con el donativo de todas las virtudes. Y

(1) D. Juan Gonzalez.

cuando parece que vá á terminarse la obra de la coronacion de la Virgen, esta obra, decretada desde la eternidad, esta obra de diez y nueve siglos que siempre está empezando y que nunca se ha de concluir, suspéndela el Sér Supremo un momento para dar á Maria Santísima, ya coronada, posesion de lo que la pertenece; y la Beatísima y excelsa Trinidad pone en manos de la Virgen, quiero decirlo en una frase trivial para que lo comprendamos mejor, pone en manos de la Virgen su bolsillo particular para que disponga de él como quiera: sí, amados míos, sí; su bolsillo particular, es decir, el tesoro inagotable de la infinita, de la divina misericordia. *Maria optimam partem elegit*. Hasta en esto Maria Santísima lleva la mejor parte, porque lleva lo más dulce para la generosidad de una Reina, lo más halagüeño para la ternura de una madre, lo más consolador para los desvelos de una abogada, y lo que más facilita el alcanzar cuanto pida, á una santísima intercesora.

Estaba por decir que no hay en este momento corona que tanto resplandezca sobre la frente de Maria, como la corona de la misericordia.

Ahora sí que ya podemos nosotros preguntarnos: *Quæ est ista?* «¿Quién es esta?» Porque tenemos la seguridad de respondernos que es Maria *assumpta* y coronada; que es Maria que ha sido llevada á descansar en el lecho del Rey que asienta en estrellado solio. Que es Maria que reposa en la ciudad santificada, y que tiene su deliciosa habitacion en la plenitud de los Santos.

Gloriaos con vuestra gloria y extasiaos con vuestros triunfos, Madre mia, Madre nuestra, Reina de todos los séres: ahora con más razon que nunca puede el Arcángel San Gabriel saludaros llena de gracia. *Gratia plena*. Ahora, mejor que en otro tiempo, puede vuestra prima Santa Isabel exclamar: «Bienaventurada tú que creiste, porque en tí se ha realizado cuanto de tí dijo el Señor.» *Beata quæ credidisti*. Ahora sí que las criaturas de la tierra pueden, levantando al cielo los ojos, los labios y el corazon, exclamar: muchas almas acumularon riquezas, pero tú las superaste á todas.» *Multe filice congregaverunt divitias*. Ahora sí que los bienaventurados pueden á una voz bendecirte y cantar: «tú eres la gloria de Jerusalem, Tú la alegría de Israel, Tú el honor de nuestro pueblo.» *Tu gloria Jerusalem*. Ahora sí que Vos misma podeis engrandecer á Dios repitiendo aquellas palabras que nunca se oyeron hasta que salieron de vuestros labios: *Fecit mihi magna qui potens est*. «Verdaderamente que el que es poderoso ha realizado en mí cosas estupendas y admirables.» Ahora sí, finalmente, que la Iglesia y nosotros podemos confesar, repitiendo

las últimas palabras del Evangelio de este día: «*Maria Santísima ha escogido la mejor parte, y nunca le será quitada.*» *Maria optimam partem elegit, quæ non auferetur ab ea.* Y ¿por qué? Aquí está el alma de mi discurso:

Porque Maria, como nosotros, fué llamada, y correspondió á su vocacion; fué, como nosotros, enriquecida de celestiales gracias, y supo aprovecharlas, y recibiendo de *congruo*, segun se expresan los teólogos, eminentes prerrogativas, supo atesorar sublimes merecimientos para conquistar *de condigno* esa diadema que hoy engalana sus sienes.

Por eso fué arrebatada de la fetidez y de la podredumbre del sepulcro; por eso subió reclinada sobre el pecho de su Hijo; por eso entró en la gloria, teniendo por alfombra las alas de los espíritus celestiales, y llevada de la mano por el mismo Jesucristo. Y por eso hoy la miramos, y la aplaudimos, y la adoramos coronada por la naturaleza humana, por la naturaleza angélica y por la Esencia divina.

Imitémosla, amados de mi corazón, en cuanto nos sea posible corramos tras el embriagador perfume de sus virtudes; amémosla mucho, para que despues de haber por su mediacion merecido en este mundo, vayamos á ser coronados eternamente en su compañía en las moradas de la gloria. Así sea.



ADVERTENCIA.

A pesar de que, cumpliendo con mi deber, he sometido estos discursos al exámen, censura y aprobacion de la autoridad eclesiástica, y he obtenido el permiso para su publicacion, declaro: que ha sido mi ánimo, no solamente no pronunciar una palabra ni imprimir una frase contraria al dogma católico y sana moral, sino ni aun dudosa ó malsonante á los oídos piadosos. Si alguna hubiera, téngase por no impresa, y quede este trabajo para siempre sujeto á la correccion de nuestra santa Madre la Iglesia católica apostólica romana.

Madrid, 1866.—FELIPE VELAZQUEZ Y ARROYO.

FIN